

Mario Levi

He hecho un pastel para ti



Galaxia Gutenberg

MARIO LEVI

He hecho un pastel para ti

Traducción de
Pablo Moreno

Galaxia Gutenberg



También disponible en ebook

Título de la edición original: *Size Pandispanya Yaptım*
Traducción del turco: Pablo Moreno

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: febrero 2017

© Mario Levi- Kalem Agency- 2017
© de la traducción: Pablo Moreno, 2017
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2017

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: CAYFOSA- Impresia Ibérica
Carretera de Caldes, km 3, 08130 Santa Perpetua de Mogoda
Depósito legal: B. 1213-2017
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16495-41-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Soy una mentirosa. Y lo que vais a leer enseguida está construido sobre mentiras. ¿Es delito? No lo sé. Yo ahora ya solamente me acuerdo de lo que los personajes de la historia me han contado. Sin olvidar jamás que sus verdades las han confeccionado las cosas que me han ido mostrando, incluso las que no me han podido enseñar. Todo el mundo se sincera y acarrea sus verdades como puede; es lo que pienso y punto. Además, ya tengo de sobra con lo que yo misma he vivido. Y con la malicia que llevo dentro…

La mía es, en realidad, la historia de un crimen. La historia de un crimen del que se sabe quiénes son los autores. ¿Puede tener una víctima más de un único asesino? Naturalmente, varía en función del asesinado. También es posible que se haya producido más de una única muerte. Yo he visto mi propio crimen. Como todo el mundo. Todo el mundo en esta historia ha actuado igual, ya lo vais a ver. Todos han vivido principalmente con su propio crimen. Por eso no busquéis ninguna coherencia en lo que se cuenta. Nadie va a rastrear a nadie ni a tratar de desentrañarlo.

Que creáis o no lo que estáis leyendo os corresponde a vosotros. Acercaos, acercaos un poco más, no tengáis miedo, que por dejarse engañar todavía no se ha muerto nadie. Y después de lo que estáis viendo, quizá también os entren ganas de plantearos algunas preguntas. Por unas preguntas tampoco se muere nadie. Incluso se vuelve aún más inmortal. ¿No nos llegan precisamente de nuestros muertos las preguntas más importantes con las que contamos? Pensad un momento. ¿Respuesta? No, no, no respondáis enseguida. De hecho, ¿qué es eso a lo que llamáis muerte? Un interruptor que baja, de acuerdo. Y quienes desean vivir la vida como es debido suelen saber encima cuándo bajar el interruptor. Queda lo que hemos dejado a nuestras espaldas. Lo que hemos dejado en este mundo. ¿Tendremos recuerdos que merezca la pena recordar? ¿No sabíais que tanto el

paraíso como el infierno los habíais construido allí donde vivíais? ¿Que ésta era una oportunidad que se le ofrecía a uno varias veces? ¿Que el mayor error, de haberlo, provenía de darse uno demasiada importancia? ¿Que hasta el mal de amores se sufría por este motivo? Dejémoslo. A saber a quiénes os habrán recordado ahora estas preguntas. Son todas vuestras. Al igual que vuestros muertos. Igual que todo cuanto habéis engendrado. Igual que lo que habéis abandonado y a cuanto habéis sido abandonados. Preguntas verdaderas evocan preguntas verdaderas, ya lo sé. Vosotros preocupaos de lo sinceros que podéis ser mientras os las estáis planteando. Reconciliarme con mis flaquezas no ha resultado tan fácil. Es más, ni tan siquiera estoy segura de en qué medida lo he conseguido. Lo único que sé es que la conciencia, tarde o temprano, sale ganando. Pese a todas las pérdidas aparentes. De lo contrario, no habría querido hablar de sinceridad. Ésta ha sido una de mis más duras batallas.

He cometido un crimen. No, no, no un crimen metafórico; un crimen de verdad. Y no estoy mintiendo. Porque todavía no os he empezado a mentir. Me estoy delatando. Pero no puedo contaros ni a quién he matado ni por qué. De momento no puedo. Si lo hiciera, se perdería la magia del relato. Y puede que, para colmo, no quisierais seguir escuchándome. Sea como sea, lo explicaré. Paciencia, un poco de paciencia. La que he mandado al otro barrio era una persona cercana a mí, muy cercana, de hecho. La historia tenía que terminar así, y yo he hecho cuanto ha estado a mi alcance. Con la esperanza de volver a empezar. Porque el final de esta historia, el final para vosotros, supondrá para mí un principio verdadero. Un principio, por fin. Puesto que ahora ya sí creo profundamente en la posibilidad de que los crímenes, los verdaderos crímenes, hagan libre al hombre. Pero no me voy a marchar sin haber contado antes todo lo que pueda contar. Estoy hablando, como veis, de contar todo lo que pueda. Y lo que no pueda, me lo guardaré para mí. Porque lo que he vivido no es algo que pueda digerir todo el mundo. Además, soy más que consciente de que, se viva lo que se viva, no queda más remedio que guardarse algunas de las verdades más profundas. Y de que esconderse de este modo tiene que ver con preservar la existencia, incluso con resistir a la muerte… Después de todo lo que he visto, con lo que me ha tocado cargar… ¿Vosotros no sois así? ¿Podéis asegurar haber sido capaces de confesar todas y cada una de vuestras verdades? Vuestras fantasías ocultas, vuestros sueños, los deseos que se han

quedados en vuestras tinieblas, vuestras mentiras, las veces que habéis escurrido el bulto, lo que habéis sobrellevado como si fuera un delito… Como queráis. Es vuestro derecho más legítimo interpretar la obra a vuestra manera. Yo, de hecho, estoy hablando de mí. Porque confío en que lo que sí voy a poder contar va a ser suficiente para construir una historia.

En realidad, no tenía ninguna intención de ponerme a indagar en el relato ni de vivirlo del modo que vais a ver a continuación. No pensaba siquiera hacerme pasar a mí misma por semejante historia. Yo perseguía otro sueño. Seguía el rastro de otra muerte, o de varias. Para vendar las heridas que tenía dentro. Lo que a mí me atraía eran las estancias de los que desconocían el significado de que a uno lo dejaran marginado, de los que habían optado por refugiarse en sus zonas de seguridad. Allí era a donde quería yo llevar la maldad. La maldad en estado puro. Porque esa sensación de cobijo era mi enemiga. ¿Que qué clase de destino es éste? ¿Que encima es muy confuso? Claro que puede resultar confuso, tenéis razón. Todavía no me conocéis. Y yo no sé si después de lo que estáis viendo os vais a arrepentir de haberme conocido. En tal caso pensaréis que era una chiflada más, que encima le daba demasiada importancia a mi sufrimiento, y ya está. No me ofendo, no os cortéis. Porque he aprendido a sonreír, a sonreír de verdad. Incluso a partirme de risa a veces, no os preocupéis. El caso es que la mía era una historia diferente. Pero gracias a un pequeño cuaderno que encontré de manera inesperada, el relato tomó un nuevo rumbo y se hizo escribir. ¿Ya estoy otra vez liando el asunto? Está bien, lo mejor será que no nos apalanquemos y entremos un poco en los detalles.

Por cierto, ya que ha salido el tema, llevo aquí casi tres años. Podría quedarme toda una vida. El hecho de no tener a nadie hasta puede venirme bien esta vez. Si hubiera querido, me podría haber hecho la sueca. Pero no lo he hecho. No hacía falta. Porque soy incapaz de soportar quedarme permanentemente en un sitio. ¿Que qué lugar es éste? ¿Y si de momento decimos simplemente que se trata de una habitación? En el cabecero de la cama tengo puesta la fotografía de la persona cercana de la que he hablado. Porque es una pieza del espectáculo. Ella también era una mujer atormentada. Voy a compartir con vosotros su historia. Ella ya no vive. Como ya os he dicho, la he matado. Asfixiándola con la almohada. No fue muy difícil. Ya no podía hablar pero, mal que bien, aunque no del todo, en-

tendía lo que se le decía. Le pregunté si quería irse. Asintió con la cabeza, sonriendo. Su rostro reflejaba gratitud. Aun así, no pude pasar sin contemplar aquella lágrima que se le derramaba desde el ojo. Quién sabe lo que estaría sintiendo. Estaba orgullosa de mí, de mi decisión, de eso estoy segura. Y el resto corresponde ya a los demás. Justo en ese último instante compartimos un sentimiento cuyo valor perdurará. Al optar por la muerte, estábamos ganándonos la vida y ganándonos la una a la otra. Os va a parecer extraño, pero justo en esos momentos vivimos una verdadera unión. La historia es larga, muy larga, de hecho. Ya os lo he dicho, todavía no sé ni cuánto puedo ni cuánto quiero contar. Una parte transcurre en los pasillos de un internado. Otra, en aburridos campamentos de verano, y otra, en otras tierras. Me habría pasado muchos años más sin volver de no haberme enterado por la vecina, que sabía adónde me había marchado. La habían ingresado en el hospital. Estaba luchando a zarpazos con la muerte. Sería bueno que yo fuera. Dudé. Dudé mucho. Pero al final una voz me dijo que debía regresar. Quizá también quisiera ver cómo se iba muriendo. Al volver, me enteré de los detalles. Al parecer, había sufrido una crisis cardiaca, o mejor dicho, su corazón se había detenido momentáneamente, la habían intervenido y lo habían puesto de nuevo en marcha, pero su cerebro, por la falta de riego durante ese rato, había perdido sus funciones, se había convertido en un montón de carne. Cuando llegué, la habían subido a planta después de dos días en cuidados intensivos. Me percaté de que sonreía levemente al verme. ¿Me habría reconocido? No es fácil responder a eso. En cuanto a los médicos, no les costó tomar una decisión con respecto a ella. No quedaba nada por hacer. Podíamos llevárnosla a casa. Pasó dos noches más en el hospital. Y después volvimos a la habitación en la que se había tirado años viviendo. Lo demás ya os lo he contado. Aunque lo que pasó en la habitación del hospital no os lo he relatado entero. Ahora es el momento de mencionar de nuevo el cuaderno del que os he hablado antes. Porque al menos una persona tiene que saber lo que he vivido. Por lo menos una persona. Lo cual quiere decir que a mí también me hace falta un espectador; no puedo soportar la idea de que mi rastro se pierda para siempre.

El cuaderno se me apareció de repente un día al abrir el cajón de la mesilla. No he investigado, no he tratado de entender cómo lo colocaron ahí ni por qué. Quizá se olvidaran de él, quizá lo pusieran

adrede, o quizá lo dejaran ahí porque ya no lo consideraran importante. Desde luego, si se trataba de un juego, los juegos me encantaban. Y si era el producto de un olvido y me brindaba la ocasión de penetrar en la vida privada de alguien, de descubrir a ese alguien en toda su amplitud, me encantaba todavía más. Tenía tiempo. Empecé a leerlo. Y si sólo me hubiera encontrado con esto que acabo de decir, habría estado bien. Pero al cabo de unas cuantas páginas sentí como si entre líneas hubiera una llamada dirigida a mí. Es muy difícil describir esta sensación. Mi nombre no salía por ningún lado, y aparentemente lo que se contaba no tenía nada que ver con lo que yo había vivido. Sin embargo, lo que se manifestaba en un par de frases me resultó tan familiar que por un momento incluso me dio la impresión de que hubieran depositado el cuaderno para mí en ese cajón. Como si supieran que yo iba a llegar hasta él. Que iba a encontrar el cuaderno, que lo iba a leer. No podía quitarme de encima esa sensación. ¿Se me estaba pidiendo seguir las huellas de un relato? ¿Se había quedado una novela en su fase de preparación? Al terminar de leer cerré los ojos, traté de sentir el texto así como la noche. Y como algunas noches posteriores. Después tomé una decisión. Había dejado atrás el episodio del hospital. Ahora estaba en el lugar donde se iba a cometer el crimen. Era otra vez de noche, el momento más oportuno para emprender ese viaje. Aquella allegada mía se había sumergido en un sueño profundo. ¡Cuánto tiempo llevaba de hecho sumida en su propio sueño! No sentí reparos en dejarla así unas cuantas horas. Me caracterícé del modo que consideré más apropiado para la historia. Nunca antes me había puesto el vestido que llevaba. Ahí estaba. Quizá lo hubieran confeccionado, planeado para este relato. Un vestido largo, estrecho, color fresa, que se me ceñía bien al cuerpo. Con el pelo no tenía pensado hacer nada. Las manos me permitieron aderezarlo cómodamente del modo más apropiado. Luego le tocó el turno al maquillaje. Pintalabios rojo. Rojo cereza. Era mi color. Y aquel collar… Aquel collar era una herencia… Salí. Hacia la dirección que figuraba en la primera página del cuaderno…

¿Y después? Lo que pasó después también os lo voy a contar. Ya no tengo escapatoria. Pero antes tenéis que leer el cuaderno vosotros también, igual que yo. Es la única manera de poder penetrar el relato, penetrar en el sentimiento de la noche que viví, que incluso les hice vivir a otros. Me quedo pues callada un rato.

Alikobeni

(Borrador de novela)

Entre las escenas de mis años de infancia, las hay que jamás se me han borrado de la memoria. Las voces y las imágenes que han quedado veladas por la cortina de niebla del pasado pertenecen principalmente a los meses de verano y por tanto a la casa que teníamos en Erenköy, donde me sentía algo mejor porque ya no tenía clases, y también a sus recuerdos. Con frecuencia he vuelto a aquellos días. Bien sea en mis historias, en mis sueños o en las caras ocultas que las relaciones que he vivido me han ido dejando dentro. De hecho, todo era lo mismo. Quiera o no he transportado a la misma persona a los diferentes lugares y épocas. Y las huellas que se me han presentado han sido siempre las de la misma fantasía, incluso las de la misma mentira; huellas que me he pasado la vida tratando de comprender y transmitir a fuerza de perseguirlas.

Días de infancia, de adolescencia, de juventud… Cada vez que contemplo de nuevo esta cara de la vida, me viene a la mente una de las palabras más mágicas de aquellos días. *Alikobeni*… ¿Habíais oído ya esta palabra? Una gran parte de mis contemporáneos que hayan pasado por un clima de lenguas y sentimientos semejante al mío, seguro que sí. Os voy a contar lo que significa, o mejor dicho, los momentos en los que cobraba valor. Pero antes, para que me entendáis mejor, debo compartir con vosotros otra escena que me pertenece.

Imaginaos ahora a un chaval de unos ocho o diez años, solitario, que trata de valerse por sí mismo. Y también una escena en la cocina donde se vive el trasiego de preparar la comida, como en casi todo hogar judío cada viernes por la mañana… Todo debía estar listo antes de la noche sagrada del sabbat, que daría comienzo en algún momento de la tarde. El papel protagonista de la escena lo interpretaba mi abuela paterna, que asumía las labores de la cocina un poco por voluntad propia y seguramente un poco también por

obligación. Digo por voluntad propia porque, si quería convencerse de que ostentaba la superioridad en la lucha de poder en la que se había enzarzado con mi madre en casa, no tenía otra elección. Y digo por obligación porque mi madre, al fin y al cabo, no sabía cocinar. Y aparentemente, tampoco hacía ningún esfuerzo por aprender. ¿Se le habrían quitado las ganas al ver lo bien que estas labores se le daban a su suegra? También puede ser que esa retirada la beneficiara, porque le daba opción a escaquearse de una tarea doméstica importante. Me pasé mucho tiempo creyendo en esta posibilidad. Y cuando me enteré de que, como otras vivencias, mi madre no había tenido más remedio que aceptar sumida en un profundo disgusto lo que le tocaba vivir, todo mi ser se vio inundado por un dolor punzante que aún no he sido capaz de expulsar. Ya era demasiado tarde. Ni yo ni nadie teníamos el poder de modificar el pasado. Un poder del que tal vez yo no pudiera disfrutar más que en los relatos que iba a escribir y en las vidas que quizá fuera a trazar de nuevo en ellos, aunque mi labor no iba a suponerle ningún beneficio a nadie, tampoco a mí. Y no solamente por ella, también lo lamentaba por mí mismo. Porque entendí que durante años no la había sabido comprender, y porque tenía que aceptar que jamás sería uno de esos hombres orgullosos de las comidas de su madre. ¿Acaso mi interés por la cocina provenía del deseo de cubrir secretamente este vacío? La pregunta es bastante excitante. Y con el sentimiento que esta pregunta despierta podemos ir a donde comienza la historia. La imagen de la que quiero hablar pertenece a una escena que por aquellos años se representaba, se repetía a menudo.

Aquel niño solitario de unos ocho o diez años se sentaba por lo general en algún sitio adecuado de la encimera y contemplaba, obstinada y pacientemente, a su abuela cocinar. Se había construido ya todo un mundo partiendo de la elaboración y de los olores de las comidas. Hasta el punto de que se sabía capaz de hacer él solito pimientos rellenos, berenjenas con carne picada, albóndigas de puerro, caracolas de berenjena e incluso judías con espinacas, sin grandes apuros y sin pedirle ayuda a nadie. Naturalmente, él tampoco era consciente de que todo lo que sabía, lo que había sepultado en su interior, iba a retornar algún día a su vida a través del plumín de su estilográfica. ¿Cómo iba a saberlo? En el futuro que se le proponía no entraba ni ser cocinero ni ser escritor. Aunque en

realidad el maestro, sin darse cuenta, con una postura muy propia de la tradición, le había transmitido a través de la práctica esa herencia. Sin perseguirlo. Sin ninguna intención, sin ni siquiera soñarlo. Porque era imposible que aquella mujer clásica otomana viera con buenos ojos que un hombre cocinara. Y en cuanto a lo que se producía en esa escena, la mujer, por lo que se entiende, lo consideraba un juego, y no la mismísima realidad. Un juego que, sin embargo, en la vida de aquel niño que no siempre sentía aprecio por los juegos callejeros de los chavales de su edad, estaba quedándose grabado como una historia muy real. Con sus sabores, sus colores y sus aromas…

Si bien podía pasar también que el juego, de vez en cuando, sufriera alguna interrupción. Y entonces se entreabría la puerta a otro juego. Las mañanas de los viernes en que mi abuela se agobiaba más de lo habitual, cuando, por ejemplo, tenía que preparar comida especialmente variada y en mayores cantidades para los invitados que vendrían a la cena del sabbat, no le gustaba, como decía ella, que yo «hiciera multitud». ¿Cómo puede ser multitud una persona sola? Es algo que yo no entendía por aquel entonces, y hoy por hoy tampoco demasiado. Quién sabe lo que querría decir en realidad. Si bien la decisión no solía surgir de inmediato. Aun presintiendo que al cabo de un rato me acabarían echando de la escena, yo trataba de quedarme allí todo lo que podía y esperaba a que se pronunciara la frase mágica. La frase que encerraba la palabra *alikobeni*, cuyo significado para mí voy a tratar de transmitiros. «Anda, vete a ver a Madame Matilda y que te dé un *alikobeni*.» En lugar de Madame Matilda, podía ser cualquier otra vecina o algún pariente que viviera cerca. Madame Chela, Madame Roza, Madame Fortüne… Dicho de otro modo, las personas y los domicilios donde la obra se interpretaba podían variar. Pero la frase nunca cambiaba. «Vete a ver a Madame Fortüne y que te dé un *alikobeni*.» Y yo iba, claro. Además con emoción, con una alegría que procuraba no traslucir. Porque sabía que lo que me iba a encontrar no podía decepcionarme. La única condición era expresar claramente, cuando llamara a la puerta de la casa, el motivo de mi visita. «Hola, Madame Chela, me manda mi abuela, a ver si me da un *alikobeni*.» En esos momentos era de esperar que a Madame Chela se le extendieran por la cara una sonrisa elocuente y cierto cariño maternal; de hecho era inevita-

ble. Y también que me invitara a pasar con una frase del tipo: «Vente conmigo, mi rey, a ver, siéntate…». Las palabras solían variar en función de la casa a la que uno iba, así como los detalles de los gestos en las caras. Pero el sentimiento no cambiaba. De nuevo el mismo cariño, de nuevo la misma sonrisa elocuente. Sólo había una cosa que sí era diferente: el *alikobeni* en sí. Unas veces eran *borekas* de queso, de berenjena o de patata, y otras veces, calabacines rellenos de carne; unas veces eran *bulemas* y otras veces, galletas de anís, que se conocían como galletas de *rakı*, recién salidas del horno; a veces era *pandispanya*… El *alikobeni* era lo que se estuviera preparando ese día en la cocina, por lo que uno experimentaba el placer tanto de comer en casa de la vecina como de paladear un plato recién hecho. La ocasión no era como para dejarla escapar. Teníamos un amigo, conocido como Shapat *el Escarlata* en referencia a su color de pelo, que trapicheaba a escondidas con los cromos de futbolistas que traían las canicas y los chicles, y con los cochecitos Matchbox, y que por aquel entonces había hecho de la cuestión un juego total y absoluto y se había dedicado a disfrutar de lo lindo del placer de este *alikobeni* presentándose, según le daba en gana, en casa de la gente, aun cuando su madre no lo había enviado. Él también conocía la fórmula mágica. Y a nadie se le había ocurrido investigar si decía o no la verdad. Me acuerdo como si fuera hoy de la somanta de palos que su padre, el fabricante de chupetes cuyos negocios iban de mal en peor, le metió cuando se destapó la mentira. Y al cabo de un par de años emigraron como refugiados a Israel, sin apenas un duro. Recuerdo que dijo al marcharse: «Ya no voy a poder ir a los partidos del Beşiktaş, eso es lo que más me pesa». Estaba muy apegado a su equipo. Admiraba sobre todo a Yusuf, decía que era tan bueno como George Best. Con el paso de los años nos perdimos el rastro. Y hace como un par de años nos encontramos por casualidad cerca del muelle de Karaköy. Fue él quien me reconoció. Había perdido el pelo. Llevaba años de capitán de un barco ruso en alta mar. Nos sentamos y estuvimos charlando. Estaba ya próximo a jubilarse. Se había casado cuatro veces. Uno de sus hijos vivía en Crimea, otro en São Paulo y otro en Haifa. Yo era incapaz de saber cuánto tenía de cierto lo que me contaba. Pero a decir verdad, le daba a uno la impresión de que todavía sabía inventar buenas mentiras e historias. En una de éstas me dijo que, si yo

quería, podía conseguirme un buen caviar. En realidad, podía conseguirme muchas cosas de las que quisiera. Muchas cosas de las que quisiera… ¿Lo estaba entendiendo bien? Desde luego que sí, y no tenía duda de que me las conseguiría. Por lo visto, había desarrollado bastante sus destrezas. Le pregunté cómo podía localizarlo y me dejó su tarjeta. No ponía más que su nombre y un número de móvil. No le pregunté el porqué. Quizá bastara con esto. O quizá prefiriera no pertenecer ya a ninguna parte. Naturalmente también evocamos los recuerdos del *alikobeni*. Nos reímos. Dijo: «Somos historia». Tragó saliva. Los labios le temblaron levemente. Tampoco quise indagar. Luego nos levantamos. Era el momento de que cada uno retomara su camino. Y ya de regreso a casa, volvieron a asaltarme los recuerdos del *alikobeni*. En aquellas casas solían mantenerse diversas tertulias. Cada mujer era, naturalmente, mujer de una conversación distinta. Esto es algo de lo que ya por entonces me había percatado. Percatarme, me había percatado, pero eso sí, pasé mucho tiempo sin llegar a entender qué me mostraban respecto a la vida tanto mis experiencias como lo que aprendía a fuerza de ir experimentando. Tuvieron que pasar años para que lo comprendiera. Aunque las escenas en las que por aquel entonces había tomado parte no eran tan fiables como estas otras… De las escenas de aquellos días parecen habérseme quedado principalmente las cosas que viví gracias a la coqueta de Madame Fortüne. Porque a menudo me contaba historias obscenas, eróticas, sin importarle ni su edad ni la mía. Con el tiempo me enteré de que, de esas historias, algunas se las había robado a *Las mil y una noches* y otras, a los relatos de Lucrecia Borgia, quien, después de lo que me había contado, había pasado a constar entre las heroínas más influyentes de mi infancia. También me enteré de que todo cuanto sabía lo había aprendido de su marido, Monsieur Hayim, dieciocho años mayor que ella… Aunque con sinceridad, tampoco es que cocinara demasiado bien. Ya por entonces comprendí que en ninguna mujer iba a encontrar todo lo que andaba buscando, aunque pasaría muchos años sin conseguir aceptar la realidad y sometiéndome inútilmente a numerosos sueños.

Madame Fortüne se quedó viuda cuando menos se lo esperaba. Y en una de éstas, en el velatorio, me dijo ciertas cosas que fui incapaz de comprender, algo así como: «Me había teñido de rojo. Creía

que le iba a encantar. Pero no fue así, ya lo noté yo. Incluso, no sé, miré y estaba como asustado. Qué raro, muy raro. Como si le hubiera dado una mala noticia… Yo qué sé. No sé, estaba extremadamente sensible. Vale, sí, me dijo que estaba guapa, pero le temblaban los labios. Luego cayó en cama. Dos días y ya está. Se acabó, eso es todo». Ahora entiendo un poco mejor por qué se me contó, incluso por qué se me entregó a mí este extraño pasaje que ha permanecido en las penumbras de mi memoria, que quizá yo haya retenido inconscientemente. Y seguramente también puedo ver mejor la cara oscura de la leyenda que Monsieur Hayim me contó durante aquellas largas conversaciones de las que no sé cuándo voy a querer acordarme de verdad. Al enterarse de que iba a la escuela de religión me preguntó si allí nos hablaban de Lilit. Le respondí que no. Me miró con una sonrisa medio burlona medio triste, volvió la cara y permaneció un rato en silencio. ¿En qué punto entre hablar y callar se había quedado? La pregunta me la he podido plantear tan sólo ahora. La posibilidad es de verdad espeluznante. Pero para poder explicar lo que siento, he de contar antes largo y tendido otros encuentros. Madame Fortüne murió unos meses después que su marido. Como si alguien le hubiera jugado una mala pasada. ¿Habría caído alguna maldición sobre su casa? Es una pregunta que me viene a la cabeza cada vez que pienso en esa posibilidad, que establezco ciertas conexiones. Yo estoy quieto. Me la imagino quizá esfumándose en una penumbra lejana. Y desde esa misma penumbra me contempla también Monsieur Hayim. Con una sonrisa que sigue llena de cariño. Está inmóvil, como temeroso de caer en el olvido. Por dentro le digo que jamás me voy a olvidar de él. Convencido de que va a poder oír mi voz. Luego me detengo. Me repito: «Cada relato tiene su momento», y guardo silencio.

Mirad dónde hemos acabado… Ya veis que para mí el *alikobeni* no sólo ha dado lugar a sabores, sino también a momentos así de significativos. ¿Dónde estaba «el secreto»? Cuando me enteré de la verdad, era ya demasiado mayor como para participar de estas escenas. Ya nadie me mandaba a ver a aquellas mujeres en pos de semejantes teatrillos. ¿Os sorprenderíais si os dijera ahora que el espíritu que transportaba esta palabra era el de la lengua turca y que no había hecho sino camuflarse en una apariencia fonética diferente? Yo me sorprendí al enterarme. La palabra había cobrado vida gracias al contacto con otra de mis lenguas maternas, el ladi-

no. El ladino que, después de una larga migración espiritual, se había hecho ya totalmente de aquí, había echado raíces en estas tierras… El término original, o mejor dicho, su antecesor secreto era *alıkoy beni*. *Alıkoy beni:* «Retenme». ¿Lo estáis oyendo? Era una clave con la que habían dado las madres, las abuelas y, en resumen, las mujeres de entonces, que pasaban la mayor parte de su tiempo en casa, para endosarles sus hijos a alguna vecina durante un rato cuando estaban desbordadas de quehaceres. Una obra de teatro que se representaba en pleno transcurso de la vida. Una obra secreta de solidaridad, de ayuda mutua. Qué humor más fino, ¿verdad? Por no hablar de su calidez… Esto es, naturalmente, lo que yo siento. ¿Lograré transmitirle estas sensaciones a alguien si algún día consigo atreverme a narrar esta historia? Está claro que no puedo responder a la pregunta sin haber dado antes el paso. Aunque a decir verdad, tenía muchas ganas de caminar hacia alguien que no hubiera conocido y quizá no fuera a conocer nunca a través de un puente que hubiera construido con mis palabras. Quizá también en estos vaivenes entre cocinas se escondiera algún aspecto de mi educación en torno a la vida. Pensar en esta posibilidad después de tantos años como han pasado desde entonces me infunde por dentro una sensación de calor.

Y ¿vosotros creéis que es posible llegar a algún sitio partiendo de lo que mis recuerdos me invitan a decir? Yo sí lo creo, lo he creído durante años. La memoria está de nuevo jugándonos malas pasadas, o recordando una vez más las antiguas. ¿No se había marchado Madame Chela a una vida diferente en Bat Yam, dejando sin saberlo en mi paladar el inolvidable regusto de su *tezpişti*? Siguiendo a su marido, que había decidido largarse deprisa y corriendo para evitar la cárcel después de caer en la trampa de su primo, que se llamaba y se apellidaba como él, y de verse involucrado en un asunto comercial maldito. Había tenido que emprender a regañadientes un viaje que transformaba su vida de cabo a rabo, qué podía hacer si no… ¿Cómo se me pueden olvidar aquel bizcocho y los sabores fusionados de las nueces, las almendras, el sésamo, la sémola y la canela? Era, por entonces, uno de los *alikobeni* más deliciosos. Y después se quedó en mi vida con un significado diferente. Madame Chela se había marchado tan deprisa de estas tierras… Su marcha había sido tan apresurada, que parecía estar haciéndole honor al nombre del bizcocho, *tezpişti*, «cocinado a toda prisa».

¿Se puede establecer algún vínculo entre las comidas y los destinos? Es algo de lo que nunca he podido estar seguro. Aunque, para qué engañarnos, tampoco he podido descartar la opción. Esta pregunta también me la hacía plantear Madame Dayan. El guiso de higadillos solía salirle rico. Era un plato sencillo pero delicioso. Jamás se me ha olvidado el sabor del tomate mezclado con el caldo del hígado. Es una de las comidas grabadas en aquellos días de verano. Quizá porque los tomates olían tan bien. Pese a ello, sus platos clásicos eran el *hamim de kastanya*, como llamaba a la carne con castañas, y las *kucharas de kalavasa*, los calabacines rellenos de queso. La recuerdo con los sabores que venían de su cocina. Hacía platos laboriosos que requerían esfuerzo, tiempo, paciencia y, en resumen, aguante. Así era también ella. Paciente, fuerte, aunque, a veces, demasiado detallista. Y además tiquismiquis. Ése es el motivo principal de que, en los años posteriores, yo decidiera escapar de las mujeres patológicamente meticulosas y de las obsesas de la limpieza. ¿Os imagináis a una mujer que se pase el día advirtiéndoos de que no descoloquéis las borlas de las alfombras, que en cuanto éstas se mueven ligeramente se levante ella a colocarlas y que, mientras lo hace, no pare de refunfuñar? ¿Acaso no podían atreverse con esos platos complicados más que las mujeres que, como ella, hacían todo lo posible por complicarse la vida? No estoy seguro. Pero bueno, sean cuales seas las respuestas posibles a una pregunta así, tanto su comida como los recuerdos que ésta me evoca se habían quedado ya grabados a fuego en mi vida.

En fin, así es como uno puede acabar vapuleado de un lado a otro cuando insiste en reconstruir un mundo partiendo de sus recuerdos. En cualquier momento es posible volver a encontrarse con todo lo que parecía perdido en la sombra. No en vano estamos hablando de esa lucecita que llevamos dentro. Ni tampoco en vano he mencionado todo lo que el *alikobeni* me evoca. Algunas personas, ciertamente, nos retenían en algún sitio… Sencillamente no éramos conscientes, eso es todo. Pero ¿no cobraba a veces sentido la vida precisamente con aquello que vivíamos sin darnos cuenta?

Éste era el cuaderno. De momento no tiene importancia contar aquí las cosas que viví la noche que emprendí el camino, ni tampoco las noches que la siguieron. No sé si en el futuro la tendrá. Pero la abultada carpeta que tengo en mi poder sí que es importante. No me queda nada más por hacer. Soy consciente de lo entremezcladas que están las voces del relato. He hecho cuanto he podido para reunir debidamente las piezas. En todos los sentidos. Viajando entre las diferentes posibilidades, efectuando mis rastreos, tratando de parecer no solamente estimulante y alentadora, sino al mismo tiempo provocadora, amenazadora, incluso aterradora. Vosotros también vais a ver cómo se han manifestado los sentimientos. Tengo en mi poder cuatro cuadernos y una extensa carta. Y en mi opinión, están todos relacionados entre sí con un orden mortal. Pero su autor todavía no cree haber alcanzado como le gustaría la plenitud de una novela. Por lo que se entiende, está también un poco ofuscado. Pero yo no puedo hacer más de lo que he hecho hasta ahora.

¿Que en qué punto del relato me encuentro yo? Pero ¡qué prisas son éstas! Venid, leed primero los cuadernos, la extensa carta y el relato del destino que los ha reunido todos. Estáis invitados, adelante. Eso si queréis descubrir cómo se han cometido los crímenes, claro. Si queréis conocer a los asesinos que hay entre vosotros. No, no, hombre, no os alejéis así. Tampoco es tan aterrador. Ni es en absoluto pesimista. Esto, al fin y al cabo, es historia. Historia vivida, aprendida a fuerza de pagar ciertos precios y que con el paso de los años desaparecerá en las profundas aguas del olvido. Eso es todo. Hasta el punto de que incluso pensaréis, de estos sucesos, que ha sido todo una gran broma, quizá algo triste, pero en definitiva una broma. Y los habrá también que piensen que menudo cuento de hadas. Entenderéis que la cuestión es bien sencilla. Ahora ya

estáis en la butaca del espectador. Comienza la función. Yo me quedo aquí, cerca de vosotros, no os preocupéis. En realidad, ya hemos empezado. Las luces van apagándose poco a poco, se abre el telón, ¿lo veis?